

## BANQUETE OFRECIDO Á Mr. FRANCE

Por iniciativa de la Comisión Directiva de la Asociación de Estudiantes y de la Comisión Directiva del Ateneo de Montevideo, le fué ofrecido un banquete á Mr. Anatole France.

La demostración de simpatía tuvo lugar en los salones del Club Uruguay, que presentaba un brillante aspecto, la noche de la fiesta. El sitio de honor era ocupado por Mr. Anatole France, el cual tenía á su derecha al Ministro de Trabajo, Industria é Instrucción Pública, doctor Alfredo Giribaldi, y junto á éste al Intendente Municipal, señor Daniel Muñoz. A la derecha de France hallábanse el Ministro de Hacienda, doctor Blas Vidal (hijo) y el presidente de la Cámara de Representantes, doctor Antonio María Rodríguez, y á su frente á los Ministros de la Guerra general Eduardo Vázquez y del Interior, doctor José Espalter y al secretario de la presidencia de la República, doctor Emilio Barbaroux. Ocupaban, además, la mesa central, los doctores Juan José Amézaga, Adolfo H. Pérez Olave, Carlos Onetto y Viana, Juan Blengio Rocca, Pedro Figari, Luis Ignacio García, Teófilo D. Piñeyro, Agustín Cardozo, Julián de la Hoz, José C. Martí, Eduardo Acevedo, Pablo Varzi (hijo), Serapio del Castillo, José Irureta Goyena, Carlos Vaz Ferreira y los señores José Enrique Rodó, Washington Beltrán, Amador Sánchez, Eulogio Madalena, Luis Potenze y Héctor R. Gómez. Las mesas laterales estaban ocupadas por los siguientes comensales: doctores Juan J. Cópola, Leopoldo Thevenin, Javier Mendivil, ingenieros Juan Monteverde, Juan P. Fabini, y Juan Andrés Álvarez Cortés, doctores Domingo Veracierto, Luis Morquio, José Repetto, señores Pablo Blanco Acevedo, Santiago Fabini, Diego Pons, Arturo Vizca, Julio Mailhos, Luis Scarzolo Travieso, Daniel Blanco Acevedo, Andrés Carril, Mateo Magariños Solsona, Angel G. Costa, Alberto Pareja, Arturo Brizuela, Pedro C. Rodríguez, Jorge West, Nicasio Barenns, coroneles Alberto Schweizer y Domingo Romero, comandante Jaime F. Bravo, doctores Carlos M. Sorín, Héctor Miranda, Osvaldo Crispo Acosta, ingeniero Juan Caubios y señores Alberto Roux, Robert

Delacre, E. Bathier, Carlos Burmester y Eduardo Aguiar.

Llegado el momento de los discursos, hizo uso de la palabra el Ministro de Trabajo, Industrias é Instrucción Pública doctor Alfredo Giribaldi, saludando en un brillante discurso, lleno de pensamiento, al gran literato francés.

Luego tomó la palabra, el eminente escritor José Enrique Rodó, pronunciando el discurso que publicamos, admirable en la forma y en el fondo.

Luego se puso de pie el ilustre huésped, empezando por agradecer la demostración de simpatía de que se le hacía objeto—demostración que él atribuía al cariño que se tiene en este país á Francia.

Dijo luego, que se sentía feliz al encontrarse en aquella reunión de hombres eminentes del país, de intelectuales, conjunto que daba la impresión de que el Uruguay estaba destinado á un porvenir brillante. Agregó que creía en estos países nuevos, en los cuales estaba ahora el eje de la civilización; ésta podría desenvolverse con mayor facilidad, puesto que en ellos no existen los prejuicios que pueden retardar el advenimiento de las nuevas ideas y de las conquistas del pensamiento y de la justicia.

Felicitó al país por sus buenas finanzas públicas, dirigiendo con este motivo un elogio directo al Ministro de Hacienda, doctor Blas Vidal, que tenía á su lado. Dijo que para que un país pueda desenvolverse bien desde el punto de vista institucional, es necesario que tenga buenas finanzas, y que las del Uruguay se hallan en ese caso, felicitándose él de las relaciones económicas que tenemos actualmente con Francia.

Después dirigiéndose especialmente á los jóvenes que se hallaban presentes, dijo que en ellos, aconsejaba á la juventud uruguaya á persistir en el estudio de la ciencias, pues no basta sólo, según el viejo dicho, «saber para poder», sino que es necesario, ante todo, «saber y saber lo que se debe hacer», sin desdeñar el estudio de las cuestiones especulativas, desde que nunca se puede saber de antemano si mañana serán verdades lo que hoy sólo son hipótesis más ó menos aventuradas.

La imaginación, agregó, es tan necesaria para el descubrimiento de las verdades exactas, como en la Poesía para

encontrar la belleza. «Las utopías — dijo — sirven también de guía á la inteligencia para llegar al verdadero sendero. El ensueño es necesario á la hipótesis, como la hipótesis es necesaria á la ciencia.»

El ilustre escritor terminó haciendo un elogio del Presidente de la República, de quien dijo que, comprendiendo acabadamente el valor de la enseñanza, no desdeñaba interrumpir momentáneamente sus elevadas funciones de primer magistrado, para seguir dictando sus cursos de Física en la Academia Militar. Y en su honor, levantó su copa, brindando, á la vez, por la prosperidad y grandeza del país.

Al terminar su discurso, dicho en lenguaje llano, sencillo que encantó al auditorio, Mr. France fué aplaudido con caluroso entusiasmo, mientras la orquesta ejecutaba la Marsellesa y luego el Himno Nacional.

#### DISCURSO DEL SEÑOR JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Ilustre maestro: Un pueblo joven, que aspira á orientar su espíritu en dirección á las nobles superioridades de la inteligencia, flor exquisita y tardía de la civilización, saluda en vos al embajador glorioso de esa patria universal, que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interponga entre ellas la distancia material ó las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo la voz propagadora de verdad ó belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde á esa voz y la multiplica. Las naciones latino-americanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse á esa grande unidad ideal, componen dentro de ella un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención é interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis acaso solo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discor-

días civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Este ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. Testimonio demasiado violento, sin duda. Pero nosotros, que queremos la organización y la paz y que marchamos definitivamente y con fé profunda á conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos la que aplicais á nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América Latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las «Orientales» imaginó entre las ruinas calcinadas de Chio, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle, — flor delicada, sabroso fruto ó ave melodiosa, — contestaba pidiendo, con ademán heróico, «pólvora y balas». «Pólvora y balas» nos habeis oído pedir aquejados de fatal é inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conociais suficientemente es que, á pesar del vértigo que nos ha arrebatado y aprovechando las tréguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, á saber, á comprender, á admirar y también á producir; hemos reconstruido cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido en una palabra, á la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio obscuro, dirige sus ramas anhelantes hácia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. — Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, á pesar de todo, ha velado á nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en

la lucha con los fieros resabios del pasado. «Ceci tuera cela»: esto matará aquello—ya está cercana la hora en que el niño heróico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, «pólvora y balas», sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América, han sido forzosamente, hasta hoy tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz halla eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan á afirmar que vamos rumbo á ella. Aspirando eficazmente á alcanzarla os demostraremos á los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, á vosotros los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan á investigar y pensar por cuenta propia.

Maestro: representáis entre nosotros la patria universal del pensamiento y el arte, pero representáis también una patria más concreta y definida: representáis el espíritu de Francia. Acaso no imagináis toda la vibración del amor y de entusiasmo que este nombre despierta en nuestra mente y en nuestro corazón. Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros. En el raudal de sus ideas hemos abrevado, de preferencia, nuestro espíritu; con los ejemplos de su historia hemos retem-

plado constantemente nuestra admiración del heroísmo y nuestra pasión de la libertad. Nos hemos habituado — con justicia, sin duda, — á representar en su nombre cuando hay de más noble en la criatura humana: la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, la belleza del arte, la generosidad del sacrificio. Vemos en ella la suprema florecencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado. En nuestro culto de la historia, en nuestra figuración del porvenir, en lo mejor de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazón, vive y alienta el alma de la Francia: musa, sacerdotista, conductora inmortal, vibrante de simpatía como Antígona, bella y fuerte á la vez como Atenea Victoriosa.

Y ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas, ese espíritu que encarnó en Montaigne, en Voltaire, en Renan, tiene hoy en vos su más alta personificación literaria. La más alta y la más típica. No por vano capricho ostentais como nombre vuestro el nombre de vuestra nación. La representais en las cualidades más características de su inteligencia y de su sensibilidad. Vuestro pensamiento es como la flor preciosa y leve en que concentra su escogida esencia la savia espiritual de una raza. Si como escritor teneis la gracia del estilo, como filósofo teneis un género de gracia, aún más raro y difícil: teneis la gracia del pensamiento. Veis el mundo al través de la ironía, pero la expresais por una sonrisa tan fina y tan dulce que ella pierde toda su crueldad. Vuestra ironía vale tanto como el entusiasmo. Es aquella amable y piadosa filosofía de

la sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños. Enseñais á dudar, pero derramais un oleo balsámico sobre la duda, porque enseñais también á comprender y tolerar. Salimos de vuestra dulce cátedra sintiendo que, á pesar de todas las ilusiones de nuestra inteligencia y de todos los enigmas de nuestro destino, es hermoso ser justo, es hermoso ser sabio, es hermoso ser bueno. La admiración que os consagramos está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, á vuestra naturaleza intelectual que las líneas rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que en tierras como éstas por donde pasais, donde los caracteres y las pasiones suelen tener la aspereza bravía de los bosques vírgenes, vuestra literatura es propia para ejercer, sin proponérselo, un verdadero apostolado: el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

Maestro: no podemos ofrecer nada para vuestra gloria porque vuestra gloria está completa, y porque, rudos trabajadores de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y la verdad.

He dicho.

